

populares, éstos habrán alcanzado una organización lo suficientemente avanzada para poder utilizarlo? En otras palabras, debe haber una evaluación real del significado político de dicha retroalimentación; ya que el mero planteamiento de devolver el conocimiento a los sectores populares no cubre el problema, sólo lo plantea. ¿Cómo hacer esa devolución?

Otras ideas que nos han quedado confusas son las siguientes:

La utilización de nuevos términos como "incentivación", "recuperación crítica", etc., parece estar en contra de lo que los autores recomiendan en relación a una mayor claridad en la comunicación. Además, creemos que se corre el peligro de ocultar, tras de una terminología sofisticada, procesos mucho más ricos y profundos de lo que las simples palabras nos sugieren.

Los autores señalan que diferentes pronunciamientos que se han hecho en reuniones latinoamericanas han señalado que las ciencias sociales continúan abiertas al servicio de propósitos liberales, y nosotros nos preguntamos si no son los hechos, más que las declaraciones, lo que se debería usar como indicador en este caso.

Por otra parte, cuando ellos hablan sobre si es conveniente o no aceptar ayuda económica, ¿no deberían haber acentuado más los peligros que ha traído esa ayuda, cuando ésta influye aún en el tema y enfoque de la investigación, a pesar de los esfuerzos del investigador por anular dicha influencia? Este campo requiere mayor atención en términos de descubrir para qué sirven dichos estudios auspiciados por fondos provenientes del sistema. Nuestras ideas al respecto todavía no son tan claras para aceptar dicha ayuda, pensando que con el solo hecho de que reconocemos sus riesgos, evitaremos caer en sus garras distorsionantes.

Concluyendo, creemos que los autores

parten de la misma idea de Hugo Callo, quien en su trabajo *Ciencia Social y Revolución Latinoamericana* (1969), nos habla del divorcio que existe entre la ciencia (como instrumento de conocimiento y acción revolucionaria y la política (como acción necesaria para esa revolución), sólo que se quedan, como ya señalamos, al nivel de tratar de *reorientar al científico*, sugiriéndole un método por el cual elaborare sus estudios a partir del contacto directo con los grupos populares y para que éstos los aprovechen. Sin embargo, ya a este nivel, es necesario tomar en cuenta una limitación más —también señalada por los autores—, que consiste en el control que se ejerce sobre los pueblos latinoamericanos en las ciencias sociales.

Guillermo Bringas

José Luis Alcázar y José Baldivia:  
*Bolivia: otra Lección para América Latina*. Ediciones Era, Colección Ancho Mundo, México, 1973, 185 pp.

Este libro es de gran interés para todos aquellos que nos interesamos en los procesos políticos que se desenvuelven, actualmente en los países de la América Latina.

El estudio, que revela un conocimiento profundo de la política boliviana, cuenta además con importantes documentos que nos permiten formar una visión más objetiva del gobierno reformista de Juan José Torres. Los autores, en su intento por reconstruir y explicar esta experiencia frustrada, retroceden al año de 1967.

En 1967, la dictadura de Barrientos impuso un férreo control sobre la población. Tan sólo el proletariado, especialmente el de las minas, ensayaba una heroica resistencia contra el régimen.

La penetración del imperialismo yan-

qui era facilitada por cada una de las medidas de la Junta Militar. Se dieron nuevas concesiones para la explotación del zinc, del estaño y del petróleo. Desde el punto de vista político, baste decir que los aparatos de seguridad del Estado, estaban controlados directamente por la CIA. Esta vinculación fue decisiva en todas las acciones de la guerrilla comandada por Ernesto "Che" Guevara en el sudeste del país y su asesinato en La Higuera.

La guerrilla del Che, si bien fue un fracaso desde el punto de vista militar, precipitó la concientización política de ciertos sectores medios radicalizados, de grupos de trabajadores y campesinos, aun de "algunos oficiales honestos" y de la suboficialidad.

Las Fuerzas Armadas de Bolivia sin embargo, sufrieron indudablemente un proceso de "americanización" del que forma parte toda la instrucción que les brinda a sus miembros y, sobre todo, los cursos especiales que patrocinan los EE. UU. para militares latinoamericanos.

De este contexto surge precisamente el general René Barrientos, quien, como presidente, se distinguió por su política corrupta y represiva. Precisa, no obstante, reconocer que contó con la simpatía de algunos sectores populares, fundamentalmente del campesinado cochabambino. La explicación de ello se encuentra, entre otras cosas, en las medidas tomadas por el MNR decadente, así como por la presencia de los Cuerpos de Paz y de otros organismos norteamericanos incrustados en el aparato estatal.

La súbita muerte de Barrientos y el mandato de Luis Adolfo Siles Salinas, permitieron un relajamiento de los aparatos de represión que las diversas organizaciones políticas, trataron de aprovechar para reorganizarse. La tarea fue difícil y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), principal organización

clandestina del país, sufrió, en este periodo, duros golpes entre los que destaca el asesinato del guerrillero Inti Peredo.

Los esfuerzos del presidente Siles Salinas por mantener tras de sí a las Fuerzas Armadas, no pudieron evitar el golpe militar encabezado por su comandante en jefe, general Alfredo Ovando Candia, en septiembre de 1969. El golpe se justificó en base a la proverbial debilidad de la burguesía boliviana, incapaz de entrar en un juego democrático sin verse en serios aprietos.

El golpe se esperaba desde hacía tiempo, pero la sorpresa estuvo en que el grupo que tomó el poder pareció querer apartarse de la herencia barrientista.

En efecto, la primera medida espectacular del gobierno de Ovando fue el decreto de la nacionalización de la Bolivian Oil Company. El vuelco a la derecha no se hizo esperar. Al poco tiempo se aceptó iniciar las negociaciones con la compañía afectada para la ulterior indemnización de sus bienes. Vinieron después las renuncias forzadas de los dos ministros civiles que más se habían distinguido por sus posturas nacionalista —Quiroga Santa Cruz y Bailey— y el general Juan José Torres fue alejado del alto cargo de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

En julio de 1970, se reiniciaron las guerrillas en la zona de Teoponte. El ELN, en su ansia de ofrecer una alternativa verdaderamente revolucionaria, cometió graves errores; el fundamental, la falta de trabajo político en la zona con el consiguiente aislamiento de la red urbana. Los autores nos narran la terrible realidad que enfrentaron los guerrilleros —hambre, enfermedades, persecuciones— y el breve pero intenso contacto que tuvieron los sobrevivientes con los mineros de Tipuani.

Las guerrillas tuvieron la virtud de desenmascarar al régimen de Ovando y

se iniciaron las manifestaciones estudiantiles de protesta. El régimen puso en marcha una operación de "descomunización" de las universidades en que participó, activamente, la Falange Socialista Boliviana.

A pesar del viraje dado por el régimen de Ovando, se puso en marcha una conspiración a fin de derrocarlo. La cabeza visible del complot era el general Miranda, comandante en Jefe del Ejército, decididamente anticomunista y pro-norteamericano. Estaban en juego los intereses del general Lanusse, la Banca Morgan y la Bolivian Gulf Oil Company, que no confiaban totalmente en el general Ovando y ansiaban su sustitución.

No fue sino hasta el 4 de octubre de 1970, cuando culminó la conspiración al darse a conocer, desde el cuartel de Miraflores en La Paz, la proclama subversiva. El choque de facciones podía poner en peligro a la institución castrense, por lo que los grupos antagónicos decidieron iniciar las negociaciones. Tras una serie de escaramuzas políticas, y a pesar de la gran habilidad política de Ovando, éste se vio forzado a dimitir. Sin embargo, Miranda ya no apareció a la cabeza del nuevo gobierno militar, sino un triunvirato que gozaba de mayor "respeto".

Un elemento imprevisto trastocó la situación. El general Juan José Torres, desde la base aérea de El Alto en La Paz, instaba al pueblo y al ejército a resistir al fascismo. Torres obtuvo el inmediato apoyo de una parte de la Fuerza Aérea y del regimiento "Colorados de Bolivia". El proletariado, en histórica decisión, tomó partido a favor de Torres, igual que otras organizaciones campesinas y estudiantiles. La Confederación Obrera Boliviana (COB), a través de Juan Lechín, decretó la huelga general, mientras en todas las ciudades del país se movilizaban peque-

ños grupos armados de trabajadores y universitarios.

El 7 de octubre, Juan José Torres era proclamado Presidente de Bolivia. El proletariado y los otros grupos que lo habían ayudado en su ascenso al poder —integrados en el Comando Político de la Clase Trabajadora y del Pueblo—, no participaron en el nuevo gabinete. Este hecho fue saludable, pues evitó una reedición de las dolorosas experiencias de la COB en el gobierno del MNR.

Al analizar el gobierno del general Torres, los autores afirman, en primer término que era un hombre de cabal honestidad. En cuanto a la realidad objetiva de su gobierno, señalan cómo, a pesar de haber sido producto de un triunfo popular, siguió teniendo como base de sustentación a las Fuerzas Armadas, lo que constuyó una seria limitación para la política reformista que pretendía imponer.

Dentro de su difícil tarea de equilibrio, Torres llevó adelante una serie de medidas positivas, unas de corte nacionalista y otras destinadas a dar oportunidad al movimiento popular para su reorganización.

La derecha, que no había sido destruida, exacerbada por el ascenso de las masas, permanecía agazapada en espera del momento propicio para derrocar a Torres. La primera intentona fue auspiciada por el gobierno brasileño y realizada por el coronel Hugo Bánzer Suárez, comandante del Colegio Militar y por dos ex-ministros del régimen de Ovando. La Fuerza Aérea, leal al gobierno de Torres, logró la rendición de los alzados.

Al día siguiente, 11 de enero de 1971, miles de mineros entraron a La Paz y, en un imponente mitin en que lanzaron numerosas consignas guevaristas, exigieron al presidente Torres que se definiera por el socialismo. Juan José Torres no pudo continuar su alocución.

Su régimen continuó tomando medidas importantes encaminadas a que el país recuperara, paulatinamente, sus recursos naturales. Pero la riqueza no beneficiaba a la masa de la población, sino que iba a parar a manos de una burguesía burocrática y parasitaria que sabotaba el proceso nacionalista que estaba en marcha.

Este proceso tendía a desarrollar un modelo de planificación en que la empresa privada tenía un amplio margen de acción. Sin embargo los empresarios bolivianos, incapaces de prescindir de sus ligas con el capital yanqui, pasaron de la resistencia pasiva al gobierno a la ofensiva y a la conspiración.

Los autores afirman que ningún gobierno mostró tanta debilidad para su propia defensa, como el régimen encabezado por Torres. La razón estaba en "las limitaciones congénitas" del régimen, y la izquierda boliviana comprendió, en mayor o en menor medida esta realidad. Su comportamiento, no obstante, no fue consecuente con el análisis que habían hecho del régimen. Se comprendía que era un gobierno de transición, pero se les exigían medidas revolucionarias. La debilidad, concluyen los autores, no era patrimonio exclusivo del gobierno de Torres, sino que la izquierda en general era también débil y desorganizada. Eso provocó que su suerte estuviera ligada a la suerte del gobierno transitorio.

Una de las experiencias más importantes durante este periodo fue, sin duda, la constitución de la Asamblea Popular. Esta obedeció a la necesidad de crear un instrumento de lucha de las masas que presentara oposición al fascismo. Ya en la primera resolución de la Asamblea se encontraban instrucciones para sus bases ante un posible golpe derechista. Desgraciadamente, los asambleístas se enfrascaron en discusiones teóricas y en luchas sectarias, olvidando tomar las medidas concretas

que hicieran posible el fortalecimiento político-militar del movimiento obrero.

La conspiración que logró derrocar a Torres —cuyo testimonio pormenorizado se encuentra en este libro—, contó con múltiples agentes internos y externos.

En primer lugar, las alianzas con el régimen militar peruano y con el gobierno de la Unidad Popular de Chile, no pudieron, por diversas razones, ser concretizadas por el general Torres. En cambio los gobiernos de Argentina y Brasil, interesados en acabar lo más pronto posible con la experiencia boliviana, sí encontraron los medios de acción indicados. Existían dos importantes organizaciones políticas en Bolivia interesadas en colaborar con el movimiento subversivo, la Falange Socialista Boliviana y el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Todas estas fuerzas, se encontraban bajo la coordinación del Departamento de Estado de los EE. UU.

La principal tarea de los conspiradores era hacer proselitismo dentro de las Fuerzas Armadas. La labor fue fácil entre la oficialidad, pero los suboficiales y la clase, conscientes de que no podían seguir siendo un instrumento de una política que atentaba contra sus mismos intereses de clase, iniciaron un movimiento tendiente a constituirse en el bastión armado del pueblo.

En agosto de 1971, la suboficialidad y la clase dio a conocer un manifiesto, emitido por la "Vanguardia Militar del Pueblo". No obstante que la repercusión real del documento fue mínima, debido a que la izquierda, al no tomar en cuenta las contradicciones internas de las Fuerzas Armadas, no le dio la importancia debida, revela la presencia de un "anticuerpo" dentro del ejército que, en el futuro podrá tener un papel determinante. En 1971, los inexpertos jóvenes clase, fueron aislados entre sí y tuvieron que limitarse a una resistencia pasiva al golpe fascista.

Después de un vívido relato del gol-

pe encabezado por Bánzer y de la heroica resistencia del pueblo boliviano, los autores intentan la evaluación de la actuación de la izquierda en este periodo de la historia boliviana. El error de la izquierda, nos dicen, estuvo en tratar de reeditar el proceso insurreccional de 1952, sin comprender que ahora, las fuerzas reaccionarias son mucho más poderosas y que el contenido de la lucha revolucionaria ha alcanzado dimensiones continentales.

Aurora Loyo Brambila

Aníbal Quijano Obregón: *Nacionalismo, Neoliberalismo y Militarismo en el Perú*. Ediciones Periferia, S. R. L., Buenos Aires, Argentina, 1971, 210 pp.

En este trabajo, Aníbal Quijano emprende la tarea de examinar la política económica de la Junta Militar del Gobierno de Perú. El libro se divide en dos partes: la primera llega hasta mayo de 1970 y contiene, además del análisis mismo de la política económica peruana, algunas interesantes reflexiones sobre las principales tendencias del imperialismo contemporáneo. La segunda parte se centra en las principales medidas económicas del régimen desde abril de 1970 a marzo de 1971.

Como se verá a continuación, lo interesante del estudio está, no solamente en el conocimiento que nos aporta sobre el actual proceso peruano, sino en la *metodología* que emplea y que, según palabras del autor "permite inquirir frente a cada *medida concreta del régimen*, el *interés social* a cuyo servicio se establece, así como los *compromisos* y las articulaciones de intereses específicos a través de los cuales se trata de alcanzar aquello".

El actual régimen militar que derrocó al gobierno de Belaúnde en octubre

de 1968, ha generado gran confusión entre los diversos sectores políticos internos y externos. Para caracterizarlo adecuadamente, al margen de fáciles etiquetas, es necesario, según Quijano, examinar la situación en el contexto de la *problemática de la dependencia* en el orden capitalista internacional.

Para el autor, América Latina, con excepción de Cuba, atraviesa una coyuntura histórica cuyos signos definitivos son la acentuación de la *crisis de hegemonía política*, la agudización de sus *problemas sociales* y la *redefinición de la estructura de dominación y conflicto*. Todo ello en relación con los *cambios en la dominación imperialista* en América Latina.

Esto desde luego da lugar, en cada país, a situaciones cuyas características asumen su pertenencia al mismo tiempo a la *lógica histórica común* a la totalidad latinoamericana y a las *especificidades* privativas de la *historia de cada país*.

En el caso del Perú es necesario caracterizar la etapa actual a través de la superposición y la combinación relativamente conflictiva y problemática de dos modelos que aquí presenta de una manera esquemática.

Por una parte, el *imperialismo tradicional*, desarrollado bajo la hegemonía norteamericana desde la primera guerra mundial, y especificado por el control que la burguesía metropolitana ejerce sobre los *recursos agroextractivos* de los países latinoamericanos.

Por otra parte, la modalidad más reciente, que comienza a desarrollarse desde fines de la segunda guerra mundial y que consiste en un progresivo *desplazamiento del eje de dominación hacia el sector industrial-urbano* de la economía latinoamericana.

La *nueva estructura imperialista* manifiesta tres tendencias principales según Quijano: 1) El progresivo deterioro de la posición hegemónica de los Estados